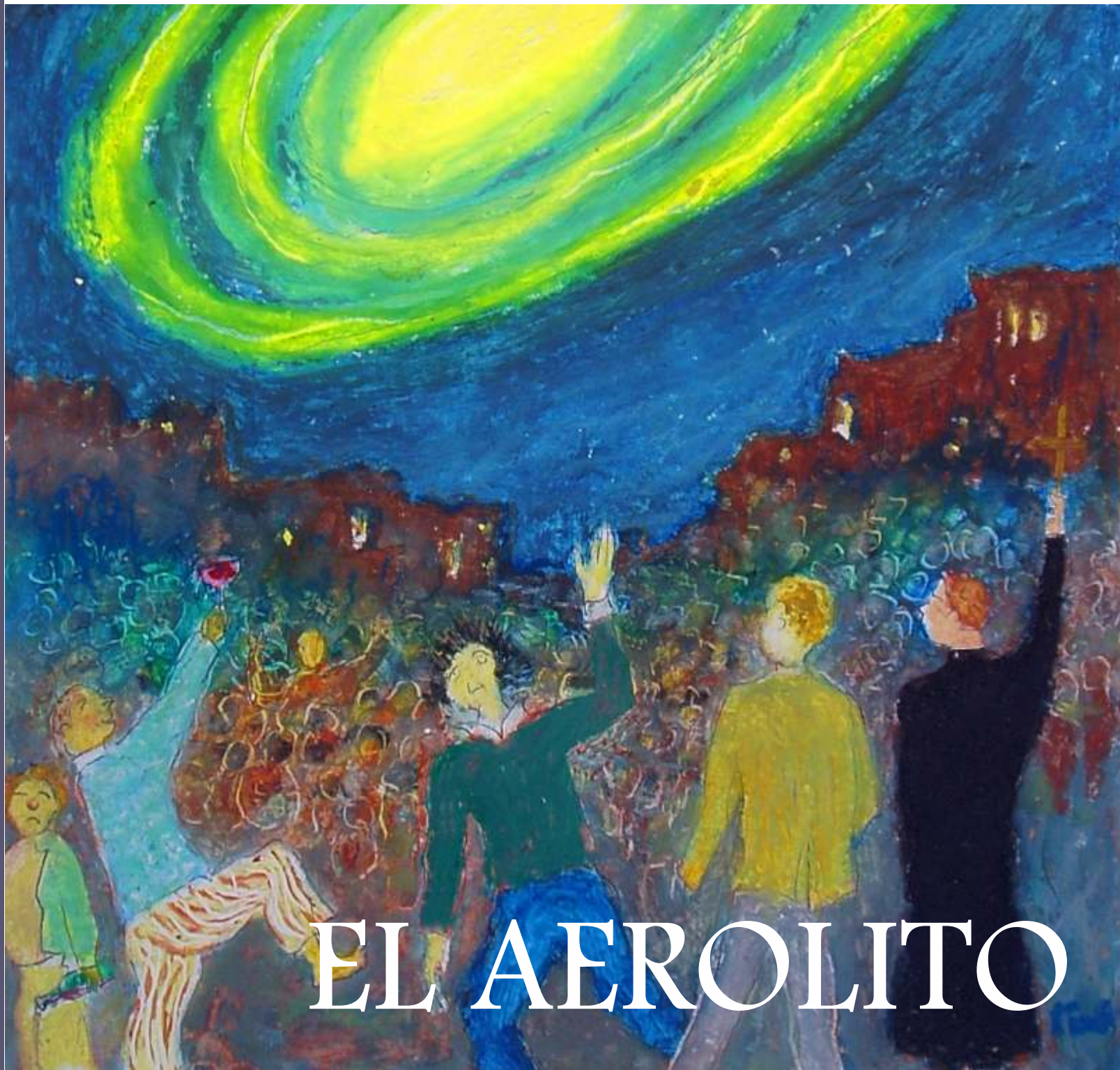


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL AEROLITO

Fernando Olavarría Gabler

56



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL AEROLITO

Fernando Olavarría Gabler

EL AEROLITO

El Presidente de la Comisión Internacional de Astrónomos no usó el computador para proyectar la imagen en la gigantesca pantalla sino que recurrió a una linterna tradicional a pilas. Una vez encendida, proyectó los rayos oblicuamente y todos vieron una figura aparentemente ovoide, como una semilla de alpiste, rodeada de varios halos elípticos.

-Me han de perdonar esta original proyección-dijo- pero es la que más se asemeja al cuerpo que se aproxima a la Tierra a una velocidad calculada en doce años luz. Su núcleo aumenta y disminuye de volumen en forma pulsátil, y al achicarse, su densidad crece. Las dos áreas elípticas que rodean al núcleo, al parecer están compuestas por elementos diferentes. Según los informes del Monte Palomar, el área interior está compuesta por diorita y la más externa se desconoce su estructura. Como ustedes pueden observar en la pantalla, es posible detectar un tenue elipse mucho más alejado de los anteriores y estaría formado por una corriente de quantas que destruiría todo a su paso. Por ende, este cuerpo astral que se acerca, no tendría obstáculo alguno en su trayectoria porque cualquier cosa que se pusiera delante de él desaparecería antes de tomar contacto con el núcleo.

El Presidente apagó la linterna y en el auditorio reinó la oscuridad y el silencio de los asistentes. Se encendieron las luces del anfiteatro y también las luces de los cerebros de los sabios allí

reunidos.

Se pidió la palabra y se dio la palabra, y cada uno hizo preguntas o sacó conclusiones acorde con sus altísimos conocimientos. Finalmente se llegó con claridad a hechos irrevocables: El cuerpo extraño, en relación a su velocidad, chocaría con la Tierra, aproximadamente en ocho días más. Que el fin del planeta Tierra era una verdad absoluta. Que era necesario informar a Las Naciones Unidas esta espantosa realidad. Además se preguntaría a las naciones dotadas de armamentos bélicos más avanzados, si había un arma capaz de proyectarse y destruir este aerolito letal antes de que llegara al Planeta. La noticia, captada con avidez por la prensa internacional, causó la revolución más grande de la historia, y las consecuencias de todo tipo fueron mucho más de lo que se pudiera imaginar. Tan considerables, tan gigantescas, que, curiosamente, el mundo siguió estable en un artificial equilibrio basado en el pesimismo. Y así, las bolsas comerciales siguieron funcionando. La gente acudía a su trabajo y los campesinos continuaron labrando la tierra.

A medida que pasaban los días algunos grupos empezaron a enardecerse en distintos puntos de la Tierra. Lo curioso era que sus modos de actuar eran sorprendentemente similares a los grupos que no pensaban igual. Así, había muchos que interpretaban los acontecimientos como la llegada del juicio final y un fervor

EL AEROLITO

religioso los unía en un sólido misticismo digno de toda admiración y elogio. Millares de personas de distintos credos religiosos se reunían en las plazas y otros espacios abiertos, para orar y cantar, tomados de las manos, esperaban que transcurrieran pronto los días que faltaban para la llegada mortífera.

Otros, siguiendo una corriente existencialista, que recordaba a los antiguos griegos, gritaban y reían lanzando consignas, algunas obscenas, que invitaban a gozar de la vida. Comamos y bebamos, decían, que vamos a morir. Dichos grupos provocaban desmanes, asaltaban los centros comerciales, quebraban vitrinas, e invadían los restaurantes y otros lugares donde se vendían licores, para emborracharse, y llegar a los excesos más extremos sin pudor alguno.

Heraclio, estudiante de sociología, estaba entretenidísimo estudiando todas estas reacciones de las masas humanas. Para él, el tiempo se había detenido. Tan entusiasmado estaba, que, atento a las noticias del mundo que llegaban a través de la pantalla de su televisor y sentado las veinticuatro horas del día frente a su computador, no hacía otra cosa que anotar los datos y sacar conclusiones.

Günter, de profesión entomólogo, estaba especializado en el estudio de los insectos cuyo tamaño no sobrepasaba las dimensiones de un décimo de milímetro a nueve décimos de milímetro. Su

doctorado lo había ampliado en una beca de post grado en la Universidad de Leipzig donde sus investigaciones basadas en la microscopia electrónica habían merecido premiarlo con el nombramiento de profesor “ad honorem” en dicha Universidad. Esto le había dado posibilidades de recorrer el Mundo con su modesto sueldo que recibía del Departamento de Microentomología; viajando mucho y comiendo poco.

Pero Günter era feliz. Su extrema miopía no le permitía darse cuenta de lo que pasaba más allá de unos seis metros alrededor suyo.

La noticia la supo en Chile cuando recorría los bosques del Sur, pero no le dio importancia alguna porque en esos momentos, mientras saboreaba un postre de rojas frambuesas, una araña minúscula, más pequeña que una cabeza de alfiler y tan roja como las frambuesas de donde había salido, lo llenó de júbilo, y cogiendo de inmediato la lupa, la empezó a clasificar acorde a los detalles de su morfología mientras el minúsculo animalito recorría su dedo índice.

Max era un hombre práctico. Se había titulado de una extraña profesión. Era técnico veterinario especializado en avestruces. Como el campo de explotación de la carne de avestruz africana estaba recién comenzando en Chile, y el ñandú de las pampas argentinas se extinguía y su caza estaba prohibida, Max había decidido cambiar su especialidad por la de médico veterinario de

EL AEROLITO

perros y gatos, y montado en su motocicleta hacía visitas domiciliarias a sus pacientes que estaban incapacitados de llegar a la clínica.

Al recibir la noticia del inminente catástrofe universal, su pensamiento, con algunas limitaciones, no fue otro que el de prepararse para esconderse y ¡manos a la obra! Con unos ahorros que tenía, los empleó para comprar bolsas de cemento y empezó a fabricar un cobertizo subterráneo para refugiarse allí cuando viniera el estruendo.

El exiguo número de días de supervivencia en la Tierra se terminaba, pero el Sol no se había apagado ni la Luna había estallado en pedazos.

La muchedumbre observaba el cielo con una tozudez obsesiva. Comían y bebían con la cara hacia arriba para no perder un instante la llegada del chancacazo. Muchos se atragantaban y tosían, menos Günter, que había descubierto una especie desconocida de arañita ¡con patas de jaiba! Había salido detrás de una bisagra oxidada de una vieja puerta de madera en un sendero que bajaba a un lago. La antigua puerta estaba adornada encima de ella, por un marco de lindas rosas, pero Günter no las había visto. La araña con patas de jaiba medía exactamente 0,3 milímetros de ancho por 0,2 milímetros en su diámetro antero posterior, y era una especie no descrita por enciclopedia alguna en el mundo científico. Su alma de

niño se deleitaba al pensar que era lícito si el nombre científico de su nuevo bicho llevara las sílabas latinas de “günterus”, o algo parecido.

Max estaba a punto de terminar su refugio, pero el cemento y el dinero se le habían acabado, así que, sin escrúpulo alguno había recurrido a las ferreterías saqueadas por los “existencialistas” para abastecerse de más cemento.

Heraclio había concluido los extensos estudios y clasificaciones de los grupos humanos y sus diversas reacciones. Terminó escribiendo su voluminosa recopilación de datos, con un lápiz sobre hojas sueltas porque ya no había electricidad. La gente vivía a la intemperie cocinando los alimentos con fuego que era mantenido con los muebles de madera que destrozaban y sacaban del interior de las casas. Se vivía como en los días inmediatos a un devastador terremoto, con la diferencia que no había en este caso edificios derruidos, ni muertos, ni heridos. Era una escena placentera; más parecía una inmensa reunión de “hippies”, todos sucios, viviendo alegremente el presente.

Hasta que llegó el día... Más bien, la noche.

De la inescrutable inmensidad del cielo, apareció una estrella cuya brillantez superaba a la del planeta Venus. La estrella parecía agrandarse y achicarse y sus destellos oscilaban de celestes a rosados para luego cambiar al color blanco; a un blanco purísimo



que cegaba.

Las muchedumbres empezaron a rezar, y otros a gritar de pavor. Algunos ya agonizaban debido a las consecuencias de sus excesos. En poco tiempo el cuerpo celeste era cada vez de mayor tamaño y sus halos elípticos eran plenamente visibles... Pero no caía ni arrasaba al Planeta. Al parecer se había detenido. ¿Era posible?

Se calculaba que su velocidad era de ¡decenas de años luz!... Pero ahí estaba. Inmovil en el espacio, y su fulgor era fascinante.

Lentamente la estrella se posó en tierra en un lugar distante. Entonces se abrieron unas puertas y unos seres centelleantes y transparentes descendieron con armoniosa suavidad.

El gentío más cercano avanzó llorando y cantando himnos en un paroxismo de misticismo. Günter que estaba por allí cerca, no se dio cuenta de lo que pasaba; más aún, con el avance de la multitud se le habían caído los anteojos y estaban hechos añicos en el suelo. A tientas siguió a la corriente humana. De pronto percató de que caminaba solo y una luz poderosa estaba frente a él. Rodeado por este resplandor, oyó que una voz lo llamaba y decía: Günter, tu alma inocente de niño te permite ser uno de los elegidos. Entra.

Era la voz de Elías.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.